

CHARLES EPPING

CONFIDANZA



Confianza es un *thriller* emocionante que arranca con el descubrimiento de una cuenta secreta abierta por una familia judía a principios de la II Guerra Mundial. Alex Payton es una consultora informática que trabaja en la banca suiza en Zúrich. De forma casual descubre una cuenta fiduciaria abierta por una familia judía poco antes de la Segunda Guerra Mundial que está a nombre de otra persona. Esta es una de las muchas cuentas creadas para proteger las identidades de las familias judías durante la persecución nazi. A lo largo de más de medio siglo, el valor de la cuenta ha ido aumentando pero hasta ahora nadie la ha reclamado. Desde Zúrich, Alex comienza una investigación que la llevará en tan solo unos días de Ámsterdam a Budapest, Nueva York y Brasil para tratar de encontrar al heredero de la cuenta. Lo que no sabe es que se está exponiendo a los peligros de revelar secretos que algunos matarían por proteger.

Para Elemér y Roswitha

*Tout m'est suspect: je crains que je ne sois séduit.
Je crains Néron; je crains le malheur qui me suit
D'un noir pressentiment, malgré moi prévenu.*

Todo me resulta sospechoso: temo que me seduzcan.
Temo a Nerón; temo la desgracia que me persigue
De un negro presentimiento entrevisto a mi pesar.

Jean Racine, *Britanniens*, acto V, escena I

PRÓLOGO

Estación del Este, Budapest, 21 de mayo de 1938

—A mí no pueden hacerme nada, cariño. Soy ciudadano húngaro, al fin y al cabo. Tengo todo el derecho del mundo a pasar por Austria, por mucho que esté ocupada por los nazis.

—*Figyelem!*^[1]

—*Pasajeros del Orient Express con destino a Viena, Zúrich, Basilea y París. Andén número nueve.*

Aladar Kohen miró a través de la espesa nube de humo de su puro que inundaba la cabina del teléfono. La sala de espera de primera clase se estaba vaciando rápidamente.

—Tengo que dejarte, querida. Ya es la tercera vez que... Sí, te llamaré en cuanto llegue. —Recogió de prisa sus periódicos—. No te preocupes, me encargaré de que tu dinero quede a salvo, quiero decir, de que nuestro dinero quede a salvo.

—*Atención, por favor. El Orient Express se dispone a efectuar su salida. Andén número nueve.*

—Ahora sí tengo que dejarte. Besos para István y Magda. Adiós. *Csókolom*. Sí, querida, mi traje está perfecto. Nos hemos visto hace dos horas ¿recuerdas?

Aladár apagó el puro, cogió sus periódicos y se dirigió a la planta principal de la estación con su maleta de cuero en la mano.

Al detenerse a recoger su sombrero del colgador, echó un vistazo al gran espejo dorado que había a la izquierda y sonrió. Con su traje a rayas, su sombrero de estilo Eden y su corbata.

Y oscura, pensó que tenía todo el aspecto de un banquero..., incluso de un banquero suizo.

—Atención, por favor. El Orient Express se dispone a efectuar su salida.

Salió corriendo de la sala de espera, sin advertir que tenía en su camisa y en su corbata algunas manchas de sopa y pequeñas migajas que se le habían quedado adheridas mientras comía a toda prisa en el restaurante de la estación.

—Atención, por favor. Última llamada.

Mientras se apresuraba entre la multitud, se le cayeron al suelo varios suplementos de los periódicos. No se detuvo a recogerlos. Tampoco importaba. Las noticias eran iguales en todos ellos. Desde el *Pesti Napló* local o el *Pester Lloyd*, publicado en alemán, hasta el *Neue Zürcher Zeitung* o el *Manchester Guardian*, todos coincidían en que el *Anschluss*, la anexión de Austria por parte de Hitler, era solo el principio.

Llegó al tren justo cuando el revisor estaba retirando los escalones de madera del coche cama.

—*Kérem a jegyét!* —El hombre alargó la mano mientras le pedía los billetes.

Aladár rebuscó frenéticamente en sus bolsillos.

—Tienen que estar por aquí... —Abrió su billetera de piel y se le cayeron varios billetes y algunos papeles. Al arrodillarse para recogerlos, notó una oleada de vapor ca-

liente que salía de debajo del coche cama, un vagón azul oscuro de la Compagnie des Wagons-Lits.

Un agudo pitido resonó desde el otro extremo de la estación. Aladár miró avergonzado al empleado.

—No sé dónde están. Hace una hora los tenía.

Mientras se incorporaba, el revisor vio los billetes, que le sobresalían por el bolsillo izquierdo de la chaqueta. Enseguida le ayudó a subir y sopló su silbato. Unos segundos después, el tren empezó a moverse.

En el compartimento, Aladár colocó su maleta sobre la cama y sacó el neceser que le había regalado su suegro antes de morir, dos años atrás.

Aladár deslizó sus dedos por la mullida piel marrón: una de las mejores que había producido la fábrica Blauer. Todavía podía oír la voz de su suegro hablándole de los suizos.

—*Akarmi is lesz*, pase lo que pase, siempre puedes confiarles tu dinero. Son honrados, saben guardar un secreto y, sobre todo, saben mantenerse al margen de cualquier guerra.

El señor Blauer decía a menudo que su decisión de mantener el dinero de la familia en Suiza durante la Gran Guerra le había permitido —a él y a la fábrica de cuero— sobrevivir al caos y a la inflación de la posguerra. Ahora le correspondía a Aladár ocuparse de que la fortuna de los Blauer sobreviviera a la conflagración que se avecinaba.

Oyó pasos en el pasillo. Una hermosa mujer morena estaba cruzándolo. Aladár sonrió. La mujer se detuvo un momento y luego siguió adelante. Él se asomó fuera del compartimento y la vio desaparecer por la puerta del coche cama de segunda clase. Un tenue rastro de Chanel número 3, uno de sus favoritos, flotaba aún en el pasillo.

Volvió a sentarse en la cama y miró por la ventanilla las grandes extensiones de trigo y cebada junto a las que se deslizaba el tren. En un momento dado, se llevó la mano al bolsillo del pantalón y palpó las tres pequeñas llaves que llevaba en su interior. Pensó en la llamada que había recib-

do la pasada semana del banquero de la familia Blauer en Viena.

—Solo hace un mes que formamos parte del Tercer Reich —había susurrado el banquero, un hombre estoico en condiciones normales—, y ya han empezado a apoderarse de cuentas bancarias de titulares judíos. Gracias a Dios usted transfirió todo a Suiza antes del *Anchluss*. ¿Cómo sabía...?

—En realidad, fue idea de Katalin.

El tren se detuvo con un chirrido. Aladár se asomó por la ventanilla y vio una gran bandera ondeando sobre el puesto fronterizo. La imagen de la esvástica negra, en el centro de la enseña roja y blanca, hizo que se estremeciese. Volvió a sentarse. Abrió su pasaporte y miró el nombre que figuraba en la primera página: Kohen. El nombre del que tan orgulloso se sentía su padre; tan orgulloso que no había querido cambiárselo como habían hecho la mayoría de las familias judías de Budapest a principios de siglo.

Quizás esa era la razón de que su padre hubiera seguido siendo un profesor de poca monta, mientras que las familias judías con apellidos alemanes, como los Blauer, ascendían por la escala económica y social.

Aladár oyó gritos que venían de las vías. Se volvió y vio a tres guardias fronterizos sacando a una mujer del tren. Ella iba arrastrando por el suelo el forro de su abrigo. Era la misma mujer que había visto un rato antes cruzando el pasillo. Siguió observándolos hasta que los guardias la empujaron hacia el interior de un pequeño edificio que tenía la palabra *Hegyeshalom*^[2] escrita sobre la puerta. Por lo visto, los húngaros vigilaban la evasión de capitales y detenían a quienes trataban de sacar objetos de valor del país.

Cuando llegaron al compartimento de Aladár, se limitaron a echar una rápida ojeada a sus cosas. Obviamente, ya habían aprendido que los pasajeros de primera clase disponían de medios más ingeniosos para sacar el dinero y las jo-

yas del país, y que no tenían necesidad de llevarlos cosidos en el forro de sus abrigos.

Unos minutos después, llegaron los guardias fronterizos nazis.

—*Heil Hitler!*

Tras un rápido saludo, le dijeron que abriera la maleta.

Uno de los guardias, un joven rubio con fuerte acento austriaco, le pidió el pasaporte. Aladár se lo entregó sin decir palabra. Su corazón latía con fuerza.

Observó al guardia, que leyó su nombre con atención y le entregó el pasaporte a un hombre de traje oscuro y brazalete nazi que aguardaba en el pasillo. El hombre anotó cuidadosamente el nombre y la dirección de Aladár en un pequeño cuaderno con tapas de piel y luego le devolvió la documentación y siguió su recorrido.

Una vez que hubieron desaparecido, Aladár cerró con llave la puerta de su compartimento y la mantuvo así durante todo el trayecto a través de Austria, o de Ostmark, como ahora la llamaban. Österreich, el «Imperio del Este», había pasado a formar parte del Tercer Reich. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que ocurriera lo mismo con Hungría?

Aladár se tumbó y cerró los ojos. Intentó dormir, pero acabó contando las horas mientras se dirigían hacia los Alpes... y hacia la frontera suiza.

«Podría haber ido por el sur —se dijo, aunque eso hubiera implicado pasar por Zagreb, Trieste y Milán, y luego cruzar los Alpes por el Paso de San Gotardo para llegar a Zúrich—. Pero ¿habría sido tan distinto? ¿Habrían resultado menos amenazadores los fascistas italianos teniendo un apellido como el mío?».

Al amanecer abrió las cortinas y vio los Alpes, que brillaban con tonos de color naranja sobre el cielo azul oscuro. La visión de aquellos picos impresionantes siempre lograba conmovérle.

Las cimas, intactas y coronadas de nieve, le hacían sentirse ingrátido, como si lo elevaran a su altura y lo alejaran

de todas sus preocupaciones.

En Buch, los guardias fronterizos nazis fueron mucho más concienzudos que cuando entraron en Austria.

Se lo revisaron todo, incluidos sus utensilios de afeitado. No hallaron nada de importancia; dejaron desparramadas todas sus pertenencias y continuaron su recorrido.

Los guardias fronterizos suizos, por su parte, resultaron extraordinariamente educados. La entrada o la salida de dinero y oro nunca habían sido restringidas en Suiza. Se limitaron, simplemente, a preguntarle por los motivos de su visita.

—Tengo una cita con mi banquero en Zúrich —les contestó en inglés.

—Bienvenido a Suiza.

Le devolvieron el pasaporte sin más preguntas.

* * *

—Al hotel San Gotardo, por favor. —Aladár subió a un reluciente taxi negro aparcado frente a la estación de Zúrich—. ¿Podría ir bordeando el lago? Hace un día muy bonito, ¿no le parece?

Aunque hablaba alemán con fluidez, Aladár siempre utilizaba el inglés o el francés cuando estaba en Suiza, por temor a que su acento alto alemán lo hiciese pasar por un *Di-itsche*, un ciudadano alemán, cosa que quería evitar a toda costa.

Abrió la ventanilla del reluciente Buick Sedan e inspiró profundamente. El aire olía a heno recién segado y tenía un leve aroma a estiércol. Se asomó un poco. La orilla del lago estaba festoneada de campos verdes y villas dispersas. Todo tenía un aspecto limpio y fresco, y las casas y los botes parecían estar cada uno en su sitio, como las minuciosas miniaturas de un tren de juguete.

—¿Sabe qué montaña es esa? —Aladár miraba guiñando los ojos un pico cubierto de nieve que se elevaba entre la niebla al otro lado del lago—. Allí, ¿lo ve? —Lo señaló con excitación—. Aquel de allí. Justo donde está aquel barco de vapor. ¿Es el Titlis? ¿Qué altitud cree que debe tener?

—Unos tres mil metros, me imagino —respondió el conductor lacónicamente. Hablaba inglés con un acento casi tan marcado como el de Aladár.

—Tiene que ser bastante más que eso. —Aladár se inclinó hacia el conductor—. El Claridenstock tiene 3370 metros, y esa montaña es mucho más alta...

—Si ya lo sabe, ¿para qué pregunta? —El conductor fijó su mirada en la carretera.

—Bueno, en realidad no estaba seguro. —Aladár volvió a reclinarsse en el asiento—. Mi padre sí que lo hubiera sabido —murmuró—, Dios lo bendiga.

Tomaron por la Bahnhofstrasse y Aladár contempló a la gente que paseaba por la avenida principal de Zúrich. En lugar de las ropas de vivos colores y de los sombreros estilizados que estaba acostumbrado a ver en la Váci Utca de Budapest o en la Ringstrasse de Viena, aquí todo el mundo parecía vestir de negro.

Se preguntó por qué parecían tan tristes, tan aburridos. ¿No eran conscientes de la suerte que tenían de vivir de allí?

—¿Qué opina usted del *Anschluss*? —le preguntó al conductor.

—¿Por qué lo pregunta?

—Quiero decir, ¿qué impresión produce tener a los nazis en la frontera oriental?

El conductor se encogió de hombros.

—¿Qué diferencia hay? Los hemos tenido durante años en la frontera norte.

—Ya, pero... ¿no le resulta preocupante lo que está pasando? —Recordó al guardia escribiendo su nombre en el

pequeño cuaderno de piel—. Los nazis están empezando a tomar...

—Los austríacos ya tienen lo que querían. ¿No vio cómo recibían a Hitler en Viena con los brazos abiertos? Flores, música, saludos al estilo nazi. ¿No lo vio? En el referéndum, el cien por cien estuvo a favor...

—En realidad, fue el 99,7 por ciento. —Aladár metió la cabeza por la ventanilla de la partición que le separaba del conductor—. Además, el referéndum se llevó a cabo después de la entrada de las tropas nazis... Difícilmente puede considerarse una elección justa.

El conductor se volvió a encoger de hombros.

—Los fascistas se están haciendo con el poder en todas partes. ¡Qué se le va a hacer! —Aparcó bajo un toldo, junto al hotel San Gotardo, y un botones acudió a abrir la puerta.

—Y ahora que ya tienen Austria, ¿qué será lo próximo? —preguntó Aladár.

El conductor echó el freno de mano y señaló el taxímetro.

—Nueve francos, por favor.

Mientras se registraba en el hotel, Aladár advirtió que su habitación era mucho más barata que la última vez que había estado allí con Katalin, el invierno anterior, para hacerse cargo de las cuentas de la familia Blauer tras el fallecimiento de su suegra.

Su habitación en el San Gotardo, uno de los mejores hoteles de Zúrich, ahora solo costaba doce francos suizos.

La cena era todavía más barata, una auténtica ganga. Por ocho francos disfrutó de tres platos, que incluían consomé, ternera en salsa con patatas Rósti y, de postre, zabaglione.

Después de cenar, Aladár se sentó en el vestíbulo del hotel para leer los periódicos locales. Descubrió que había una nueva película de Jeannette MacDonald —*Tarantella. La espía de Madrid*— y que la estaban dando en el cine Alba, justo al otro lado del río Limmat.

No tenía su cita en el banco hasta el día siguiente, a las diez de la mañana. ¿Por qué no? Quizás una película le sirviera para relajarse.

Pero no fue así. El noticiario proyectado antes de la película ofrecía un reportaje sobre una reciente entrevista de Hitler y Mussolini en Roma. Aladár contempló con horror a los miles de simpatizantes fascistas que abarrotaban la Piazza Venezia y gritaban: «¡Duce! ¡Führer!».

La imagen de la muchedumbre y de los soldados desfilando al paso de la oca por las calles de Roma apartó su pensamiento de la película y de la noche apacible de Zúrich. Se puso a pensar qué ocurriría si estallaba la guerra en Europa. Se preguntó que les pasaría a Katalin, a sus hijos y a él mismo.

Cuando terminó la película, los espectadores desfilaron tranquilamente hacia la salida. En Zúrich todo permanecía en orden, mientras que el resto del mundo parecía girar enloquecido.

El transatlántico estaba atracado en Venecia. Trataba de dirigirse a mar abierto, pero no podía moverse. Estaba fijado al muelle con largas y gruesas sogas. La gente que se hallaba a bordo corría de un lado a otro, confusa y aterrorizada, buscando balsas salvavidas y poniéndose chalecos de salvamento.

Aladár apretaba con fuerza la mano de su hija. Un marino, un joven rubio que se parecía al guardia fronterizo nazi, se llevaba a rastras a su mujer y a su hijo. «¡Katalin! ¡István!», gritaba Aladár. Empezó a correr tras ellos, pero Magda tiraba de él hacia atrás. «¡Papi! ¡Papi! —gritaba—, ¡No te vayas!». Una mujer embarazada corrió hacia él chillando: «¡Salve a mi hijo! ¡Por favor! ¡Salve a su hija!». Era la mujer del tren.

Se despertó sudando. Todavía estaba oscuro. Echó una ojeada al teléfono que tenía junto a la cama.

—Tranquilo —murmuró—. Solo era un sueño. Mañana todo estará en orden. Pero no fue así. Recorrió a toda prisa la Bahnhofstrasse, buscando su banco entre los muchos que se alineaban a lo largo del elegante bulevar. «¿Qué estoy haciendo aquí? —se preguntó—. ¿Es este el sitio donde debería depositar todo nuestro dinero?». Fue leyendo los nombres a medida que pasaba frente a aquellos edificios austeros: Banco Leu, Banco Suizo, Crédito Suizo, Unión Bancaria Suiza, Julius Bär.

«Todos estos bancos están repletos de dinero. La gente debe de acudir aquí por alguna razón —se dijo—, Suiza, la tierra de la paz y la prosperidad, en medio de un torbellino».

Identificó su banco tras una fila de tilos de color verde esmeralda. El nombre Helvetia Bank de Zúrich figuraba en grandes letras doradas en inglés, francés y alemán, sobre la fachada de granito.

Miró en derredor, buscando a *herr* Tobler, su gestor financiero privado. Tobler le había dicho que le estaría esperando en la entrada del HBZ de la Bahnhofstrasse.

Rudolph Tobler y su padre habían tenido a su cargo todas las cuentas en Suiza de la familia Blauer desde mucho antes de la Gran Guerra, y ahora que el viejo Tobler había fallecido, era su hijo quien había asumido el puesto.

Aladár lo divisó por fin junto a una columna, a la derecha de la puerta principal. Llevaba un traje a rayas, zapatos negros y relucientes y un sombrero de estilo Eden, como el suyo.

Cuando Tobler vio a Aladár, apagó tranquilamente su cigarrillo y entró en el banco sin decir palabra. Aladár recordó que Tobler se estaba limitando a cumplir la regla cardinal de la banca suiza: no reconocer nunca en público a un cliente. En 1935, la Cláusula 47B de la Ley Bancaria de la Federación Suiza había establecido incluso que era un delito revelar a quienquiera que fuese el nombre de un cliente de cualquier banco suizo.

Al cruzar la puerta principal, Aladár se fijó en dos querubines desnudos, tallados en el dintel de piedra, que observaban, sonreían y protegían a los clientes de uno de los principales bancos privados de Zúrich.

Tobler estaba frente a la puerta del ascensor, en el otro extremo del inmenso vestíbulo de mármol. A su derecha, una larga cola de personas esperaba frente a un mostrador rotulado con la palabra oro en inglés y francés. Aladár se preguntó si estarían comprando o vendiendo. Probablemente, comprando. El oro era la única cosa que conservaba todavía su valor en aquellos días. No así los bonos, ni las mercancías, ni mucho menos las acciones.

Aladár siguió a Tobler y entró en el ascensor. Este no hizo ademán de reconocerle todavía. Sin decir palabra, pulsó el botón de la segunda planta, correspondiente a *Privatkunden* - Clientes privados. Solo cuando se cerraron las puertas le tendió la mano.

—Qué alegría verle de nuevo, señor Kohen. —Su manera de estrechar la mano era cálida y enérgica—. ¿Ha tenido buen viaje?

—Es la primera vez que atravieso territorio nazi. Una experiencia angustiosa para alguien con un apellido como el mío.

—¿Por qué? ¿Ha tenido algún problema?

—No, yo no..., afortunadamente. —Aladár recordó a la mujer que se habían llevado los guardias fronterizos en Hegyeshalom—. Gracias a Dios, Katalin tuvo la previsión de mandar por delante todos nuestros objetos de valor. ¿Ha llegado todo?

Tobler asintió.

—Tres maletas. ¿Correcto?

Aladár asintió a su vez.

—Están abajo, en un depósito provisional de la cámara acorazada, a la espera de que decida usted dónde guardarlas.

—Estupendo.